

UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN XIII • NUMERO 9
MEXICO, MAYO DE 1959
EJEMPLAR: \$2.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

C A R A Y C R U Z

A MEDIA tarde me habían telefoneado desde el cuartel, para decirme que el martes entraba de guardia. Tenía, por lo tanto, tres días libres. Mi primera idea fue llamar a Borés, que acababa de cumplir la semana en el cuartel de Pedralbes.

—Mi viejo se ha largado a Madrid y ha olvidado las llaves del auto.

—Hace dos noches que no pego un ojo —me contestó.

—¿Putas? —le dije.

—Chinches. Toda la Residencia de Oficiales está infestada.

Por Juan GOYTISOLO

Dibujo de Pedro CORONEL

Cuando llegué a la cafetería, me esperaba ya. Estaba algo más blanco que de costumbre y me mostró las señales del cuello.

—Lo que es esta vez, no son mordiscos.

—¿Qué dice tu madre? —le pregunté yo.

Borés vació su *gin-fizz* de un trago.

—Desde que empecé el servicio está más tranquila.

Manolo se acercó a servirnos con una servilleta doblada sobre el brazo.

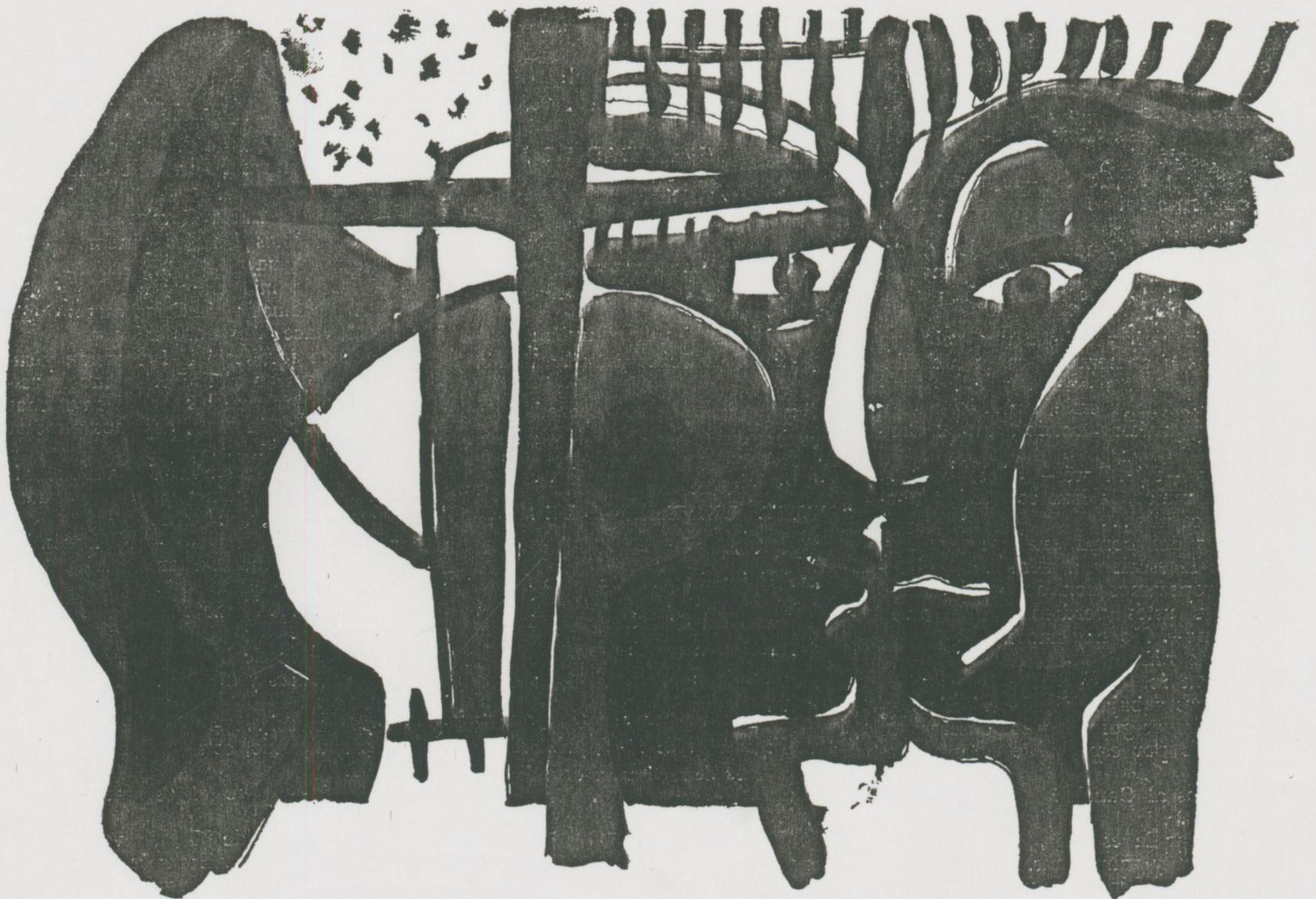
—¿Qué piensa de toda esta gresca, don Rafael?

Con un ademán, indicó la cadena de altavoces encaramados en los árboles y los escudos que brillaban en los balcones de las casas.

—Turismo, —repuse—. El costo de la vida sube, y de algún modo deben sacar los cuartos.

—Eso mismo me digo yo, don Rafael.

—Aquí no es como en Roma... La gente va muy escaldada.



FOL 378.72
1587
V.13
no.9

Contenido: Cara y cruz, por Juan Goytisolo • La feria de los días • Biblioteca Americana, por Ernesto Mejía Sánchez • La vieja alianza, por Marco Montes de Oca • Homilias a los estudiantes, por Ezequiel Martínez Estrada • El juego sabio, por Jean-Charles Moreux • Nuevo Mundo, por Atorre Cabal • HOMENAJE A ALFONSO REYES: De las Burlas literarias: Góngora retratado por el Greco y Debate entre el vino y la cerámica, por Alfonso Reyes; Proemio del pintor, por Juan Soriano; Don Alfonso en su palomar, por Elena Poniatowska • Artes plásticas, por Diego de la Cruz • Música, por Jesús Bal y Gay • Cine, por Emilio García Riera • Teatro, por Juan García Ponce • Libros, por Carlos Valdés, Jorge Olmo y José de la Colina • Dibujos de Pedro Coronel, Andrés Burg, Pinoncelly y Manuel Felguérez.

MEXICO

BRASIL

tomó po
la Repú-
mayo de
ral había
de diez
senderos
ensamien-
otros pró-
atenernos
ño de go-
económica
las ini-
n en sal-
omenzado
s del ré-

la Argen-
precios y
sta excep-
a de una
orientada
no que la
garse con
imógenos.
enseñanza
ja tradi-
superior

o Kubits-
mas más
a derecha
rencia de
a tenido
a de hu-
aliéndose
de Rela-
residente
a de Fos-
permitido
poco la
lejo más
lecciones
ron una
nte Joao
ca Brasi-
alente al
dirigido
ranjeiras

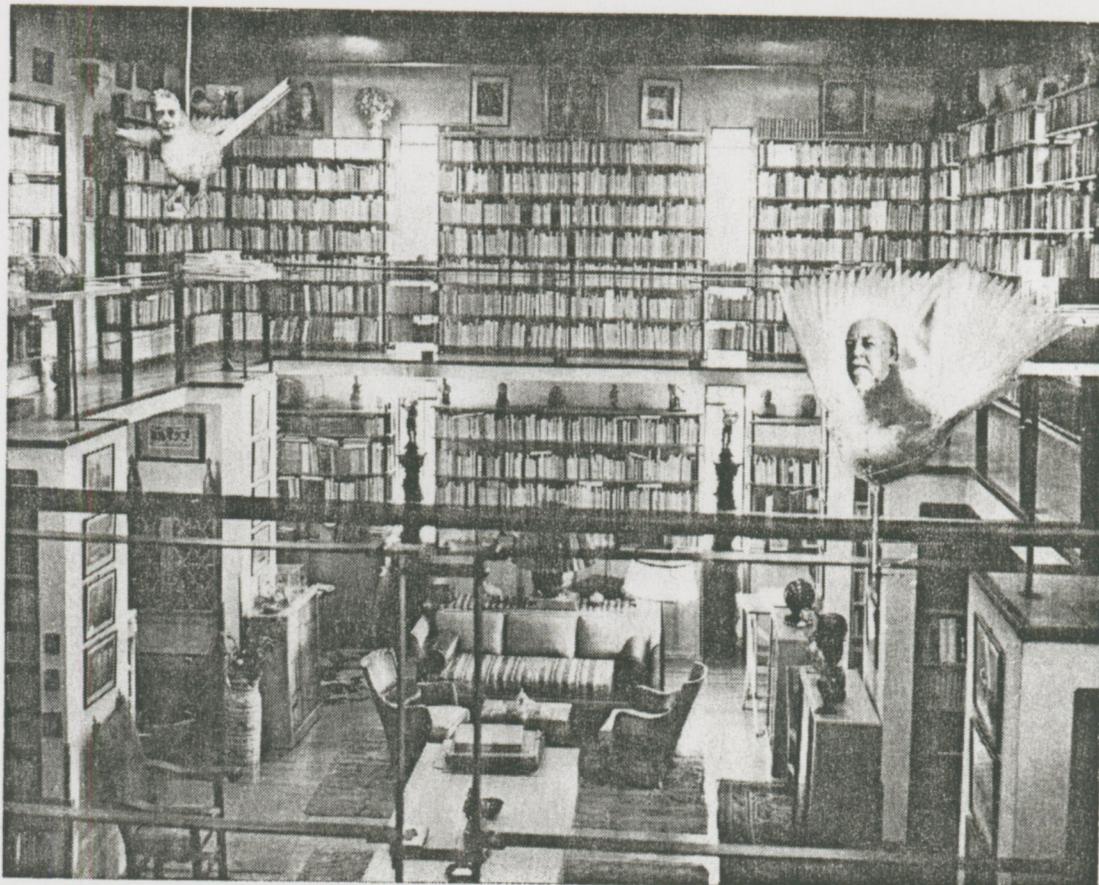
DURT

américa.
n pocas,
epciones
iertos es
ancourt,
eriencias
n desde
n exacta
El 7 de
en unas
jefe del
ción De-
partidos
Unión
y Ra-
eron la
eron su

cuenta
olabora-
Ignacio
es Exte-
istro de
ario ge-
a y ex-
nte diez
le ocul-
sona de
e sobra

C.

HOMENAJE A ALFONSO REYES



—Fotomontaje de R. Salazar

DON ALFONSO EN SU PALOMAR

PRECEDIDO DE UNAS BURLAS LITERARIAS

★

IMAGINVM COLLECTIO A SCRIPTORIBVS
ALPHONSO REYES SEPTVAGENARIO DICATA

DE LAS BURLAS LITERARIAS

Alfonso Reyes cumple en mayo setenta años. A modo de homenaje presentamos estas cuartillas de su pluma. Conocidas por algunos elegidos; insospechadas por los más. Se trata —¿es necesario decirlo?— de una correspondencia apócrifa, pergeñada y condimentada, al alimón, por nuestro humanista y el inolvidable don Enrique Díez-Cañedo. Don Alfonso —bien se ve— es un sutil adepto del buen humor. No son impedimentos su erudición, su sabiduría ni su gravedad cuando el estudio la requiere. Ríe, y ríe con ganas. Pero, eso sí, sin abandonar su elegancia, constante en su finura. Dejemos que él mismo nos explique el origen del episodio memorable.

GONGORA RETRATADO POR EL GRECO

UN EPISTOLARIO INEDITO

LA SOLICITUD de una revista de literatura moderna, L'ESPRIT NOUVEAU de París, ha puesto a alguno de nuestros colaboradores, que por ahora prefiere guardar el anónimo, en la pista de un asunto del mayor interés, llamado sin duda a causar sensación en el mundo artístico.

Sabido es que Góngora lloró la muerte de Dominico Teotocópuli en un soneto famoso. Lo transcribiremos, tomándolo de la edición de Hoces, 1654, en donde consta al folio 23:

SONETO VI

EL SEPULCRO DE DOMINICO GRECO,
ESCELENTE PINTOR

Esta en forma elegante, ó peregrino,
de pórvido luziente dura llaue,
el pincel niega al mundo más siaue
que dio espíritu a leño, vida a lino.

Su nombre, aun de mayor aliento dino
que en los clarines de la Fama caue,
el campo ilustra de ese mármor graue:
venéralo, y prosigue tu camino.

Yaze el Griego. Heredó naturaleza
Arte, y el Arte estudio, Iris colores,
Febo luzes, si no sombras Morfeo.

Tanta vna, a pesar de su dureza,
lágrimas beua, y quantos suda olores
corteza funeral de árbol Sabco.

Nunca ha dejado de llamar la atención de los modernos críticos el homenaje rendido a la memoria del pintor cretense por el divino poeta español, tan semejante a él en espíritu.

La buena fortuna, que a veces sonríe al investigador concienzudo, ha puesto en manos de nuestro compañero, en forma que preferimos callar, aunque no del todo reprochable, un epistolario de Góngora y el Greco desconocido hasta hoy. Sólo tres cartas lo componen; pero ¡qué cartas! Por ellas se ve que la amistad unió a dos hombres geniales movida por una extraña comunidad de pareceres. Su valor documental es gran-

dísimo; dan a conocer detalles nunca sospechados de la vida de ambos gloriosos artistas.

Pero, antes de intentar un breve comentario, vamos a transcribir fielmente dichas cartas, que obran autógrafas en nuestro poder, y cuyo facsímil nos proponemos publicar en una docta revista académica. Sólo una de ellas, la de Góngora, está fechada; le corresponde evidentemente el segundo lugar, entre las dos del Greco. Por razones de método las numeramos.

1

Xpo. nuestro salvador tenga a vue-
samerced en su santa guarda, que yo
muy de veras selo demando. Ruegole,
mi señor don Luys, que de su paso por
esta ymperial cibdad cesárea no con-
sienta que falte muestra a los tiempos



por venir. Digale a mi criado Fran^o
de Preboste cuando ha de tener vagar
para que mis pinceles le retraigan a lo
vivo como mejor pudieren, que yo fio
poderlo hacer si Xpo. fuere servido.
Quiero otrosí poner su semblança en
un lienço del milagro que nro. señor
hiço con don Gonzalo rruiz de toledo,
señor que fue de la C^a. de orgaz entre
los eclesiasticos y caualleros principa-
les de la cibdad. Adios mi amigo y
dueño.—(Firmado:) Domy^o Theoto-
copuly.

2

Señor y amigo, ni me culpe de mu-
dable o de corto de paciencia, que bien
saue lo mucho que de sus pinceles
espero si la Fama no toma de su mano
mis versos; mas ya el lienço basta a
darmela inmortal. Quiso el señor con-
de que nos uniessemos acá, y en los
alamillos donde quiebra el can la fu-
ria de sus rayos vemos pasar en ocio es-
tos ardores sin cuydados que nos apre-



mien; rezo la misa, y mientras el sr.
conde y sus amigos van a la caza yo
sygo a las esquiuas musas, en quien
ahora he logrado el final de mi so-
ledad primera con mas unas letrillas
que suelen ser muy celebradas. Mas yo
tengo otra soledad, y es de la compañía
y platica de V. md. Viendole dar vida
fingida en el lienço a los vultos cor-
porales, he aprendido mas que en li-
bros de mucha dotrina. El barro con
que Dios nos hizo, como alfarero que
no tiene un patron solo, antes para
cada pieza pone un torno diferente,
siendo una sustancia cómo puede ser
sino una forma? Leves son las dife-
rencias de hombre a hombre, y el al-
ma es en todos la misma, y de su
cuerpo una misma es la forma cono-
cida ya por la Geometria. Una esfera
es la cabeça del hombre, y el tronco
un cubo con sendos cylindros a diestra
y siniestra: que asi como el alma es
una, una es la forma, ya el caracter
y las funciones se alteren. Pero en la
vasta tierra las sierras mas encumbra-
das son solo arrugas, mas leves que las
lineas de la mano. adios, mi amo; en
los Alamillos, a 12 de agosto de 1596.
—(Firmado:) Luys de Góngora.

3

Marauillado estoy, mi señor don
Luys, de lo que vuesa merced me es-
criue, y tengolo tan por cierto que la

noche enter
despues que
mi señora d
traido a su c
temos en p
tion, pues y
volumen h
para del te
pues, uolui
señor conde
tad y tan es
uenido no l
van a oluid
hemos de t
del uolumen
merced lo
pyramide y
cara puede
emisferio y
tossas maqu
contraria d
hombres ac
teres de su
que, mouié
luz, ella los
que si no f
disputarían
son. Me pla
la pintura
a otros esc
caprichoso
pues, en sa
y amo, y
(Firmado:



La fecha
ponde, en e
taba el Ent
trastorna to
hace ver q
circunstanci
fos (Gonzál
etc.), y que
de un próc
un lugar l
hemos log
sonetos an
álamos": V
zuelo... Q
antes nom

culpe de mu-
cia, que bien
sus pinceles
de su mano
ño basta a
el señor con-
cá, y en los
el can la fu-
r en ocio es-
ue nos apre-

entras el sr.
a la caza yo
s, en quien
l de mi so-
nas letrillas
das. Mas yo
la compañía
ole dar vida
vultos cor-
s que en li-
el barro con
alfarero que
antes para
o diferente,
o puede ser
on las dife-
bre, y el al-
a, y de su
forma cono-
Una esfera
y el tronco
ros a diestra
el alma es
el caracter
Pero en la
encumbra-
eves que las
mi amo; en
to de 1596.
óngora.

señor don
rced me es-
cierto que la

noche entera me estuve meditando despues que despedí a los musicos, y mi señora doña Geronima se hubo retraido a su camara. Razon sera que tratemos en platica esa tan ardua cuestion, pues ya no una carta, pero un volumen harto avultado seria menester para del todo esclarecerla. Cuando, pues, uoluiere si los agasajos que el señor conde le hace con tanta uoluntad y tan esplendidamente le han preuenido no le retienen cautivo y le llevan a oluidarse del trato de amigos, hemos de trillar por menudo aquello del uolumen corporal. Piense vuesa merced lo que le dije del tronco de pyramide y los dos cylindros a que la cara puede reducirse cuando no a un emisferio y a un cubo. Estas portentossas maquinas corporales no son cosa contraria de los ingenios con que los hombres acuden a los diuersos menesteres de sus vidas, tanto mas quanto que, mouiéndose en una atmosfera de luz, ella los va fraguando y mudando, que si no fuese por la memoria no las disputarian los ojos, por lo que de ueras son. Me place que vea vuesa merced en la pintura de mi lienzo tal propiedad a otros escondida con que lo hallan caprichoso y descoyuntado. Guardese, pues, en salud vuesa merced, mi señor y amo, y torne presto a su criado.—
(Firmado:) Domy^o Theotocopuly.



La fecha de la carta número 2 corresponde, en efecto, al tiempo en que se pintaba el Entierro del Conde de Orgaz. Pero trastorna toda la cronología gongorina. Nos hace ver que Góngora estuvo en Toledo, circunstancia desconocida por sus biógrafos (González Francés, Lucien-Paul Thomas, etc.), y que pasó breves días en compañía de un prócer (¿el conde de Lemos?), en un lugar llamado Los Alamillos, que no hemos logrado identificar. (Hay entre los sonetos amorosos de Góngora uno "a unos álamos": Verdes hermanas del audaz mozuelo... Quizá tenga que ver con el lugar antes nombrado). Y, lo que es más im-

portante, nos declara que las Soledades, cuya composición se situaba entre 1612 y 1613, son muy anteriores, y aun preceden a la oda "A la Armada Invencible", que es de 1588, y por lo tanto, a la pretendida enfermedad cerebral del poeta.

Bastaría esto para dar importancia al epistolario. Pero esas adivinaciones estéticas, en que se adelanta —parcialmente, es verdad— la teoría del cubismo y aun la del impresionismo, todo en una pieza, pasan al primer término. Y entre las cuestiones más menudas que nuestro epistolario plantea están otras dos: ¿cuál es el retrato de Góngora en el Entierro del conde de Orgaz? Razones que no son del momento nos inducen a creer que, voluntariamente, el Greco desfiguró a Góngora, para incluirlo entre los caballeros del séquito fúnebre. El otro retrato, el retrato personal, en que pintor y poeta hubieron de poner interés tan grande, no se sabe dónde ha ido a parar.

Confiemos en que el azar nos lo haga descubrir algún día, aunque sea en poder de un chararilero.

Con esto queda servido, por lo que a nosotros atañe, L'ESPRIT NOUVEAU.

Ya se comprende que Ozenfant, director de L'ESPRIT NOUVEAU, tenía sólo una vaga noticia de la relación entre Góngora y el Greco, cuando se le ocurrió pedirnos, a moción del poeta chileno Vicente Huidobro, "las cartas cambiadas entre ambos". Respondiendo a la sed, al snobismo de la época, se nos ocurrió entonces fraguarlas de modo que anunciaran hasta el cubismo. Y, de paso, jugábamos con ese problema de la fecha en que empieza a aparecer en Góngora la llamada segunda manera, etc. Nuestros finos amigos entendieron el juego. No así cierto erudito lector. En el N^o 2 de INDICE, Madrid, 1921, tuvimos el gusto de publicar las siguientes líneas:

Madrid, 24 de agosto de 1921.

A la Revista INDICE.

Muy señores míos:

En el número primero de INDICE se imprimen como auténticas dos cartas del Greco a Góngora y una de Góngora al Greco. Como las supercherías, cuando no se publican en broma, sino muy en serio, como en el presente caso, pueden hacer mucho daño en la republica de las letras, todos los ciudadanos de ella tenemos cierta obligacion de combatir las y desenmascararlas.

Las tres cartas no son auténticas, sino escritas en el siglo xx. Y no siendo cosa de entrar en pormenores, me bastará rogar al "compañero anónimo" que las inserta nos traiga alguna autoridad del siglo xvi o xvii, en la que conste la frase incluida en la segunda carta: *tanto más cuanto que*. Frase hoy común; pero enteramente desconocida en aquellos tiempos.

INDICE que, según su gallardo y noble prospecto, es revista "libre, generosa y pura", no dudo insertará esta mía entre las cartas que publica.

Por ello les queda de antemano muy agradecido este servidor de ustedes y de la nueva revista.

JULIO CEJADOR.



Agradecemos como es debido esta carta de don Julio Cejador y tomamos nota de su parecer. Ya había entre nosotros, efectivamente, quien dudara de la autenticidad de esas epístolas, acogidas por "La Rosa de Papel" con su habitual seriedad; mas no precisamente por el giro incriminado. Góngora, precursor en tantas cosas, pudo muy bien serlo en ésa; y a falta de otros textos del siglo xvii, o del xvi, puesto que da lo mismo, bien pudiera la carta de Góngora ser autoridad, en el supuesto —inadmisibile para el señor Cejador— de que no sea falsa. Nosotros, hombres poco eruditos, pero respetuosos, nos libramos muy mucho de afirmar nada tocante a esas cartas. Sólo, adelantándonos a ciertas susceptibilidades, afirmamos con toda solemnidad que la carta del señor Cejador es auténtica y que su original queda desde hoy cuidadosamente guardado en los archivos de "La Rosa de Papel".

REDACTORES.

DEBATE ENTRE EL VINO Y LA CERVEZA

I

NOTICIA

Un humilde trapero aposentado en las Cuarenta Fanegas nos trajo días atrás el documento que a continuación publicamos, recogido el 2 de noviembre del año actual entre los productos de su búsqueda. Nuestro amigo se lleva diariamente, con una constancia que le honra, las basuras y despojos del barrio en que se asienta el Teatro Español. En la Plaza del Príncipe Alfonso, comúnmente llamada de Santa Ana, hubo, siglos ha, un convento que fue santificado por haber residido en él San Juan de la Cruz. Ese convento habiase edificado sobre las ruinas románicas de otro monasterio, cuyos religiosos gozaron de gran fama por su saber y virtudes. Quizá del convento primitivo procedan las dos fojas de pergamino graciosamente ornadas con miniaturas de la más fina escuela madrileña que contienen el poema medieval que damos hoy a conocer.

II

TEXTO

AQUIS COMPIEÇA LA ALTERCATIO
DEL VINO E LA ÇERUESA

QUI QUISIER solaz prender
aquí compieçe a leyer
unas raçones que endereça
don Vino a donna Çerueça.
5 Mas seric grand desatino
si pues non leyesse priuado
aquel trouar esmerado
de donna Cerueça a don Vino.

AGORA DIZ DON VINO:

POR Dios
10 en señerdade somos los dos,
desque non beue agua la gent
por el microbio pestilent.
El agua feruida o gascosa
siempre seric de beuer sosa;
15 e por el agua destilada,
creo non darién una cominada.
Yo y tu cerueça acá somos solos
enemigos dentrambos polos.
Quiero descubrir cuanto peccas
20 en fazer de omnes bauiecas.

AGORA DIZ DONNA CERUEÇA:

POR Sancta Anna,
¡Preciaré mas una nuez vana!
Yo non me trepo a la cabeça
si non me beuen una gran pieça.
25 Tu si reuelues bien los sessos
e dexas al omne en los huessos.
Ca dizen Sangredos e Almeydas
que tuestas azucares e aldehydas,
la neurona e todo lo ál
30 que entiendo Ramón e Caxal.
A mi me catan un poquiello
quando me toman con bocadiello:
e quiere otrosi quien me beue
e su moxama e su perçeue.

DIZ DON VINO:

35 **V**OS NON cantedes,
ca ansi mesmo enbebdar sabedes.
Yo me era siempre espéculo
de las costumnes del sieglo.
Si era yo moro y el católico,
40 non llamaban al bebdo alcohólico.
Si soy ribaldo y el científico,
sol me toman cuemo específico.
Si el século es vano e lardero,
nada con el yo non quiero.
45 En sus xuergas sordas, nondoñegules,
tu donna Cerueça, sirves de moriles.

DONNA CERUEÇA DIZ:

MAL pocado,
non sabes lo que has fablado.
Non catan a mi xuerguistas,
50 sinon sabios e speçialistas:
muy granados omnes de pluma,
que non fazen fi dell espuma,
e solo querien commerçio
e con la canna e con el terçio.
55 Cuydan ellos que tu don vino
non los lieuas por buen camino.

DIZ DON VINO:

ASAZ bien parleste;
bien veo que tú vinieste
de la tierra do todavía
60 se estudia la philosophía.
Sean de Mónaco o de Pilsen
capaz eres tú de urdir mil sen-
tencias de varones muy sabios
que nunquas pusieron sus labios
65 en una bien colmada copa,
antes a un boque de Europa
llegábanla sin empacho
llenándose barba i mostacho
de amarga e non alba espuma.
70 do no nasció la Dea Summa.
Pues sabrás que tú non nascías
e ya las philosophías
iban brotando de continuo
non de la çerueça, del vino.

FECIA Y
fijar la fecl
el verso 131
Madrid, an
se ha de col
con el nom
quizá llegarí
era Alphons
de Enrique
fonso VI, e
monarquía p
poema una
soñar. Prude
guaje y estil
exactitud, un
y el xx, époc
historia liter
el autor, o si
del vino y e
nos parece n

LENGUAJE
mezcla exam
Desde luego,
turianismo o
ma dialectal
bierta— es ev
bargo, son lo

VERSIFICAC
inseguros es
poeta que u
aun de versos
característica
en ocasiones
rima suele s

- 75 Aristótil mucho nomnado,
e Platón el su paniaguado,
e todos siete sabios griegos
encendiense en los mis fuegos.
E non diré de aquel hispano
- 80 Séneca, nin del italiano,
nin de Abailardo que en Luteçia
de ser varón non se precia
mas sí de ser buen beodo:
éstos bien me lo deuen todo.
- 85 E papas e caualleros
e ricoshomes e pecheros.
Tú nunquas traheerías del norte
una tan luscida cohorte.
Non es maraviella si el grande latino
- 90 que dixo: "Veritas in vino"
jamás de decir non se auisa
"Veritas in cerevisia."

- 105 xaqueta larga e muy tozudo,
por cabeza una olla de engrudo,
desque non te beue en la Missa
te halla sabor a su guissa.
Los philósophos que dixieste
- 110 non son ya del mundo este
nin han existido jamás.
Medrado, don Vino, estás
si les oyes hablar la xerga
que non se usa ni en Kenisberga.
- 115 Entre mis secuaces yo veo
muchos omnes del Ateneo,
e académicos obessos
e buenos barraganes dessos
que llaman ora piebolistas
- 120 e alienistas e socialistas,
e Baco mismo todo el anno
fabrica cerueça en tu danno.

DIZ DONNA CERUEÇA

FIN

- H**ERMANO,
viexo estás, duérmete temprano;
- 95 todo lo que retrahes y me cuentas
es pastranna; tú non me afrentas
con nombres ansí raheces.
En el vino ya viven los peces,
ca non eres sinon agua,
- 100 para reavivar la fragua.
Dime si puedes qui te toma
en buen cuenco o gentil redoma?
Acaso te beue algun cura
que ya non rapa tonsura,

- D**ONNA Cerueça ensannada
poniase ya tan pesada
que Don Vino lo non sufría;
buena punnada darle hía.
Donna Cerueça sin tardança
buscó refugio en una pança.
Don Vino, roxo de sorpresa,
- 130 vertióse sobre la mesa.
En Madrid, annos XXI,
dia de abstinencia e ayuno,
en esta vida transitoria
soli deo onor, et gloria.
- 135 Alphonsus Henriquez me fecit.

NOTAS

FECHA Y AUTOR. Un dato concreto existe para fijar la fecha de composición de este Debate. En el verso 131, primero del "explicit", se dice: "En Madrid, annos XXI". Ahora bien ¿en qué siglo se ha de colocar? Si pudiéramos relacionar el dato con el nombre que aparece en el último verso, quizá llegaríamos a esclarecer este punto. ¿Quién era Alphonsus Henriquez? Para que fuese el hijo de Enrique de Borgoña y de la bastarda de Alfonso VI, es decir, el propio fundador de la monarquía portuguesa, sería necesario señalar al poema una fecha en que no nos atrevemos ni a soñar. Prudentemente, pues, atendiendo al lenguaje y estilo, le daremos, en espera de mayor exactitud, una fecha que oscila entre el siglo XIII y el XX, épocas aún no bien conocidas de nuestra historia literaria. Pero ese Alfonso Enríquez ¿es el autor, o simplemente el copista? Como se trata del vino y de la cerveza, la última suposición nos parece mejor fundada.

LENQUAJE. El lenguaje ofrece la más curiosa mezcla examinada hasta hoy por los eruditos. Desde luego, aragonésimos no tiene. Algún asturianismo o quizá leonesismo —o pajarismo, forma dialectal del Puerto de Pajares, recién descubierta— es evidente. Lo que más abunda, sin embargo, son los madrileñismos.

VERSIFICACIÓN. Un encañilado con acentos inseguros es el tipo principal empleado por el poeta que usa, sin embargo, del octosílabo y aun de versos de otras medidas; métrica irregular característica de nuestra Edad Media, aunque en ocasiones achacable a defecto de copia. La rima suele ser perfecta (salvo un caso,

el de "avisa": "cerevisia", versos 91-92; para "espéculo": "siglo", véase adelante) y por pareados (salvo el esquema *abba* que aparece en los versos 5-8). De esto no se puede deducir nada, pero bien está decirlo por si alguien no lo ha echado de ver.

Verso 12.

"El microbio pestilent": se refiere a la peste negra. "Microbio" escasea en textos del siglo XIII. (De "micros", vida y "bios", pequeño.)

Verso 20.

"Babiecas": ¿Se refiere al caballo del Cid? En tal caso, tendríamos un dato más que nos confirmaría en nuestra indicación de fecha.

Verso 21.

"¡Por Sancta Anna!": adviértase lo natural de la exclamación en este trozo marcadamente lírico. Los romanos decían: "¡Por Pólux!" o "¡Por Hércules!" (¿Alusión a la maritense zona de la cerveza?)

Verso 23.

"Me trepo": ¿Usase también como reflexivo?

Versos 27-30.

Requieren explicación aparte que reservamos para un opúsculo científico. Nombres de sabios desconocidos en los textos medioevales.

Verso 52.

"Bocadiello": lo que Cervantes llamaría después "duelos y quebrantos".

Verso 34.

"Moxama": vianda fósil nombrada sólo en algunos textos almojamiados.

Verso 39.

"Siglo": la rima indica que el autor pronunciaba "século". Otro dato para determinar la

Verso 45.

fecha. ¿Transición del latín al castellano?

Verso 52.

"Xuegas": arabismo bastante usual, aun en los tiempos modernos.

Verso 54.

"Fazen fi": crudo galicismo, que sólo conservamos por respeto al texto.

Verso 61.

"El terció", vaso cuyo nombre indica medida, poco usual en España; así se dice "tercio extranjero".

Verso 70.

Mónaco, Pilsen: dos ciudades sitas hoy quién sabe en qué estado de Germania.

Verso 82.

La "Dea Summa" es Venus. "De ser varón non se precia": Véase GEROLDUS BABILONIUS, *De Castramentatione Monachorum*, Basilea, 1952.

Verso 90.

"In vino veritas" lo dijo, como se sabe, César en el momento de su muerte.

Verso 114.

"Kenisberga", vale por Kenisberg, patria del célebre filósofo Rousseau.

Verso 119.

"Piebolistas": atletas laureados en los Juegos Olímpicos. Véase MURRAY, *Greek sport in the Vth Century and after; foot ball, etc.*, Oxford, 1923.

Verso 120.

"Alienistas e socialistas" diversas actitudes ante la vida.

Versos 121-122.

¿Se alude a "El Laurel de Baco"?

Versos 134-135.

Adviértase que, para el autor de este poema, no tenía secretos la lengua latina.

IMAGINVM COLLECTIO A SCRIPTORIBVS ALPHONSO REYES SEPTVAGENARIO DICATA

BREVE HISTORIA
DEL PROGRESO
A los 70 años de A.R.

por
CARLOS
FUENTES



PROEMIO DEL PINTOR

Por Juan SORIANO

PARA LLEGAR a ser es necesario abandonarnos a nuestras manos; por ellas serán trazadas las incontenibles líneas que formarán la presencia mágica, toda silencio, del dibujo, omnipresente ante nuestros ojos.

Con un gis, un lápiz, un pincel, un carbón, un buril, una rama delgada, sobre el pizarrón, el papel, el muro, el cristal, la placa de metal, la piedra, la tierra o las arenas, líneas reptantes, rotas, ondulantes, veloces como peces famélicos, quebradas como barritas de metal, infinitas, formarán el dibujo que manifiesta, expresa y revela ideas, intuiciones que en su trama hace aparentes.

El dibujo es un don que nos es dado y negado. Todos dibujamos. Algunos maniáticos dibujan todo el día, imprecán, blasfeman, se masturban con las imágenes que crean; mezclan iniciales y palabras cubriendo las paredes con ellas, hasta el sagrado recinto de la defecación. Otros abusan del dibujo como de un vicio; nace de sus plumas atómicas como un parásito; sobre las servilletas en el café, mientras conversan o discuten, las imágenes que trazan son luego estrujadas y violentamente destruidas sin ser vistas. ¡Cuántas maravillas vuelven al caos! ¡Cuántas criaturas que

nadie contempló mueren así asesinadas por sus propios padres!

Los obreros dibujan despreocupados grandes decoraciones sobre los vidrios de los edificios nuevos. Así va

de mano en mano este sagrado don de dibujar, este impulso primario de mostrarse que la Naturaleza alcanza en el dibujo de todos, niños poetas, poetas-niños, adultos e iletrados.



reple
Roma
me co
¡No s
con lo
de chi
me pl
cuand
ropos
nées'.
nes, e
señora
palide
su int
samien
una b
de Go
der su
'profes

No
pre qu
en con
en añ
una v
lón li
les ech
(cualq
proble
de los
escribi
ga épo
muestr
algo se
tras m
tiene n

Las
"¡Ah,
y cump
esa inf
fonso
guiéndo
en tur

Entr
la. (M
biera l
a Man
-¡"M
bio y t
to... l
ta años
natural
distray
pero e
toy ser
siempre
via le
dad?..

Don
impuse
ra deci
a pesar
ra, que
y cump
supera
canzara
tes...

-¡M
aquí es
estaca!
(No,
En ese

DON ALFONSO EN SU PALOMAR

"México ha sido, es y será, el conjunto de lo que hagamos los mexicanos..."

LA PRIMERA vez que oí hablar de don Alfonso fue por boca de mamá. Al regresar de una cena repleta de ingenios, ofrecida por Jules Romains en honor de Louis Jouvét, me contó: "¡Estuve con Alfonso Reyes! ¡No sabes qué simpático! ¡Redondito, con los ojos chispeantes y jalados, como de chinito!..." La tía Bichette también me platicó un día: "Lo conocí en París cuando era diplomático. Me echaba piropos y me decía frases 'tres bien tournées'. Iba de acá para allá en los salones, encendiendo los cigarrillos de las señoras, avivando las conversaciones que palidecían, poniendo el punto agudo de su inteligencia frente a cada inerte pensamiento. Hacía reír a la anfitriona con una broma oportuna y exacta; hablaba de Goethe y de Virgilio, pero sin perder su tono festivo. No tenía nada de 'profesor'."

No ha cambiado mucho. Casi siempre que llego a visitarlo, lo encuentro en compañía de dos o tres muchachas en animada "chorchita". Algo así como una versión muy personal de algún Salón literario dieciochesco. Don Alfonso les echa flores, y ellas... le consultan (cualquier pretexto es bueno) sobre problemas de estilo, sobre el buen uso de los gerundios y las posibilidades de escribir en tres días una novela que haga época. Don Alfonso, que a veces se muestra reservado ante los hombres, o algo severo en sus juicios sobre las letras masculinas, frente a la mujer no tiene más que ternura.

Las escritoras, las poetisas, se pasman: "¡Ah, este don Alfonso tan caballeroso y cumplido!" Además de elogiarlas —con esa informal galantería suya—, don Alfonso las besa en ambas mejillas, irguiéndose de puntas cuando la poetisa en turno es un poco alta.

Entretanto Manuelita sonrío benévola. (Me pregunto si don Alfonso hubiera llegado a ser lo que es, sin tener a Manuelita junto a él):

—¡Me enamoré, porque era muy rubio y tenía rizos, pero me engañó pronto... los perdió. Tenemos casi cincuenta años de casados. Alfonso, por motivos naturalmente estéticos, a veces disfruta distrayéndose en muy hermosos objetos; pero eso no tiene importancia. Yo estoy sembrada junto a sus raíces para siempre, y conozco como nadie cuál savia le da vida. Tú me entiendes, ¿verdad?..."

Don Alfonso asegura a su vez: "Le impuse a Manuela dos condiciones para decidirme a acompañarle en la vida, a pesar de mi baja estatura. La primera, que me diera un hijo de su tamaño; y cumplió con creces, porque mi hijo supera su talla. La segunda que me alcanzara los libros más altos de los estantes... ¡y ella es mi bibliotecaria!"

* * *

—¡Me perdonas que no baje, pero aquí estoy como un loro subido en su estaca!

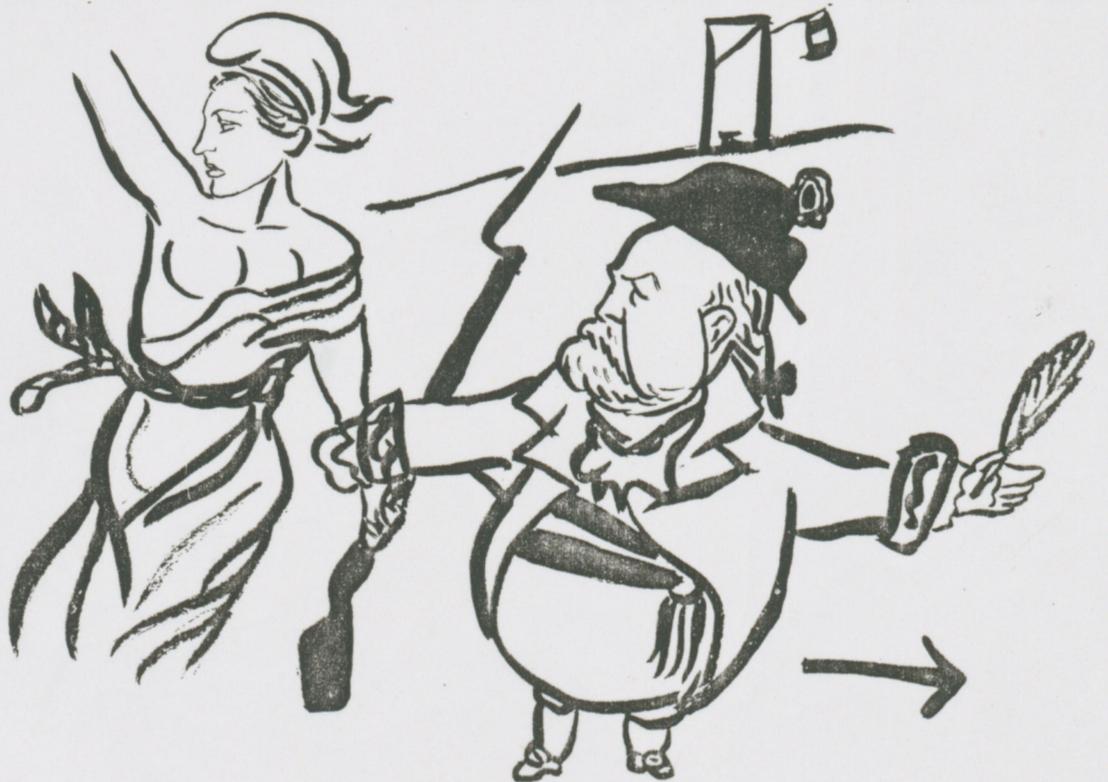
(No, no es una estaca; es un palomar. En ese palomar siempre lleno de pape-

has de saber que sólo necesito dormir unas cuantas horas. El trabajo me absorbe las demás. Cuando al final, llego a dormirme, lo hago siempre con un libro entre las manos."

Cuando se mira desde arriba la biblioteca Alfonsina, le da a uno lo que los norteamericanos, tan afectos a las definiciones de todo y por todo, podrían llamar *booksickness* o sea, *mareo libresco*. Son verdaderas olas de volúmenes, que amenazan con revolcarnos y llenarnos la boca de letras. Pero don Alfonso, experto en estas lides, es una especie de salvavidas... ¡Tanto se ha dicho sobre este cuarto! La revista *Life* lo retrató en sus páginas. Y todos los visitantes, sin excepción, le dedican una o varias frases. Por ejemplo, Jules Romains está convencido de que la casa de Alfonso Reyes es precisamente esa enorme biblioteca, "de la que cuelgan tímidamente pequeñas recámaras", y Mariano Picón Salas, actual embajador de Venezuela en Brasil, pretende que

Por Elena PONIATOWSKA

les voladores, de palomas griegas, latinas, renacentistas y del Siglo de Oro español, que el humanista trata de retener en pequeños archiveros de madera, don Alfonso trabaja, recibe y hasta duerme. Duerme, sí, porque como él dice: "¡No quiero molestar a nadie"... "Hoy a las cinco de la mañana comencé a pasar esto (me muestra unas hojas) en limpio. Duermo aquí (señala el sofá) y en la noche, cuando tengo que escribir, puedo levantarme sin perturbar el sueño de los demás... Porque



la arquitectura de esa misma biblioteca es comparable a "una piscina de varios y riesgosos trampolines, porque Alfonso Reyes es un continuo Odisco".

* * *

—“Comenzaré contándote algo de mi infancia, hijita. Yo ensayé todo de niño: la magia negra, la magia blanca, todos los juegos habidos y por haber; finalmente me quedé con un teatrillo de títeres. ¡Ah, cuánto gozaba! Yo mismo hice mi teatro, con cartones recortados; pinté mis muñecos y escribí para ellos una piececita. Cuando las cosas estuvieron listas, dispuestas para el estreno, mis hermanos... (Don Alfonso suspira) no quisieron jugar.

—¡Ay, don Alfonso! ¡Eso no es posible! ¡Parece un cuento cruel!

—También quise ser prestidigitador. Hice una exhibición de pases magnéticos y mil clases de trucos ante tres pacíficas familias allí reunidas. Al final, dos de mis hermanas mayores se levantaron y repitieron, tan tranquilas, cada una de mis suertes, de las que yo estaba tan orgulloso. De modo que, ya lo ves, tengo motivos de aflicción...

—Don Alfonso, ése es otro cuento cruel. Ahora plátiqueme uno más dulce.

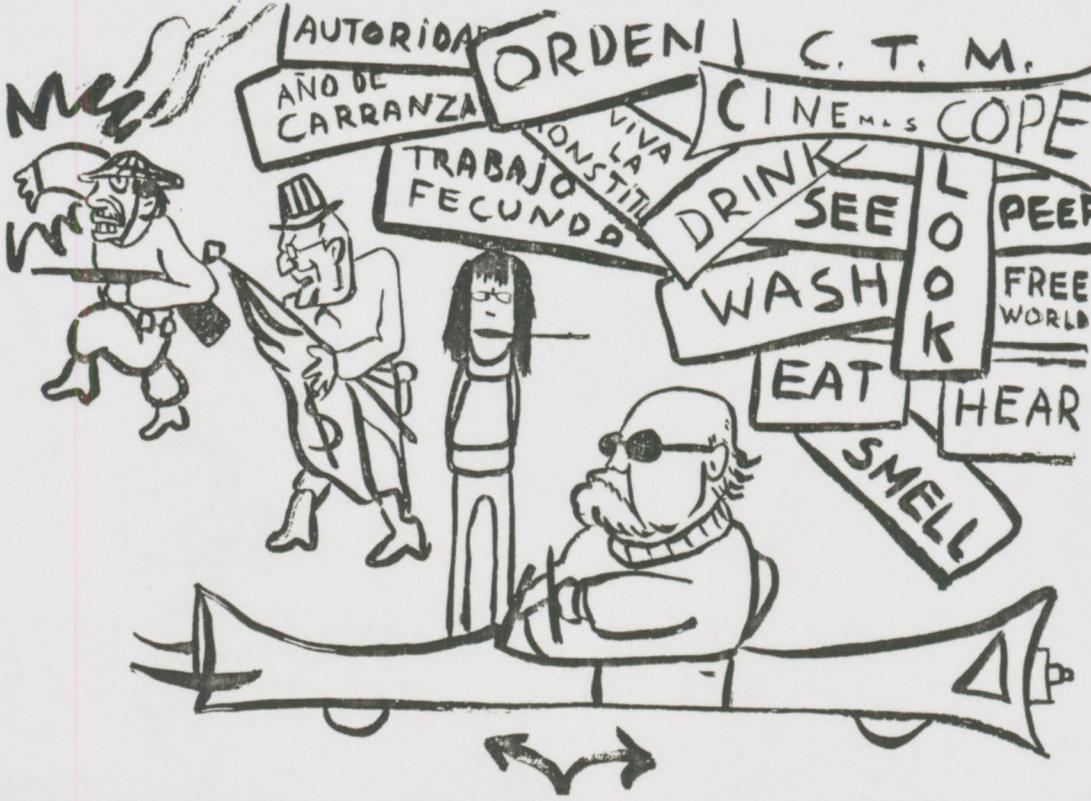
—Pues verás. En Monterrey, mi padre nos hacía montar a caballo, y yo tenía un caballito precioso, que no era exactamente alto, pero tampoco un poney. Se llamaba el "Lucero", y era retinto claro con una estrella blanca en la frente. Todas las mañanas los ordenanzas de mi padre aseaban los caballos en el fondo de la inmensa huerta. Invariablemente el "Lucero" se escapaba, atravesaba el huerto, los jardines, los patios, el pequeño *Jardincito de María* (así lo llamábamos porque era de mi hermana María), que tenía naranjas y garzas. Por fin, se detenía frente a mi puerta, apenas emparejada, la abría de un empujón y llegaba hasta mi cama a despertarme ¡El "Lucero" me venía a despertar a mi cama! ¡Es uno de los recuerdos más tiernos que tengo!

(Don Alfonso examina detenidamente sus manos. Hace un rato escribió algo con su pluma. Esta gotea, y se manchó todos los dedos. Ahora se los limpia, despacito, un poco melancólico; quizá porque piensa en el "Lucero", o porque ni siquiera él está exento de las eventuales deficiencias de una pluma).

—Don Alfonso, ¿si le quitaran esa descomunal biblioteca que cuelga de usted por los cuatro costados, qué quedaría? ¿Qué sería de usted, sin su verso, su prosa, su novelística, sus prólogos y ediciones comentadas, sin sus trabajos no literarios ni sus traducciones? No se puede desligar al hombre de su obra ¿verdad?

—Yo he dicho a menudo que escribir es para mí una respiración natural de mi alma; una vocación. Seguramente, a esta vocación debo el haber podido sobrellevar ciertas amarguras y tragedias de mi vida, porque todos querían abandonararme en causas que no eran la mía. ¿Qué me llevó a escribir? Una tendencia espontánea. Siempre soñé en consagrar mi vida al estudio. (Don Alfonso habla lentamente— resollando un poco— con su quijada que avanza en compañía de la piochita blanca. Sigue frotándose los dedos.)

—Después de que murió mi padre, estuve once años en el extranjero, prin-



principalmente entonces tenía otro le querían cas del pa

—Don A la carrera día que fu una obra crito antes

—Guard poesía y años, es de de infancia en Monter do por re toria. A o Libro de manas, O versos des años... P

L se

y para lo esté del to

—¿Y cu atrajeron que despe tura? (Co don Alfon hadas, fá biblioteca R desa de S realmente rias de M

—¡La bi un gran l siempre u yo heredé. sofocada p

“Leí cos ma alguno nales, de l trado por dos aquell yo. Para le tarme enci los primer enorme.

“Eramos —sobre to padre sien a algún an escondía y por unos l teles blanc nas y los mientras t

estará este dre era mu daba yo si de lo mej más. ¡Ah, enorme!

—Y aho —Ahora tura y no lecturas e para sí.) ratura me

—Cuand dos días, muchas co que no le

(Los oj malicia.) chas ocasi “En la nada.”

(Como don Alfon guloso de de su pre

principalmente en Francia y en España. Entonces demostré que, en efecto, mi vida tenía otro destino, propio, y no el que le querían imponer las pasiones políticas del país.

—Don Alfonso, la gente considera que la carrera literaria de usted comenzó el día que fue publicada por primera vez una obra suya. Pero usted ya había escrito antes varias cosas ¿no es así?

—Guardo amarillentos cuadernos de poesía y de prosa que pergeñé a los once años, es decir, en 1900. Hay tres sonetos de infancia que se publicaron en 1905 en Monterrey, pero no me he preocupado por recogerlos. Estos son la prehistoria. A otros me referiré en el *Segundo Libro de mis Recuerdos*. Dicen mis hermanas, Otilia y Amalia, que yo hacía versos desde antes; antes de los once años... Por ejemplo, un poema al sol:

*Las cosas, las gentes
se caen de tus dientes,*

y para lo que se usa ahora, no creo que esté del todo mal.

—¿Y cuáles fueron los autores que lo atrajeron más al principio; las lecturas que despertaron su afición por la literatura? (Como todos los niños, pensé yo, don Alfonso me hablará de cuentos de hadas, fábulas, aventuras; la famosa Biblioteca Rosa con los relatos de la Condesa de Ségur. Pero no, su respuesta es realmente digna de unas futuras memorias de Minou Drouet).

—¡La biblioteca paterna! Mi padre era un gran lector de literatura y conservó siempre una suerte de afición que tal vez yo heredé. Realicé la vocación que él vio sofocada por su vida militar y cívica.

“Leí cosas muy diferentes y sin sistema alguno. Heine; los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós; el *Quijote*, ilustrado por Doré; la *Divina Comedia*. Todos aquellos libros eran más grandes que yo. Para leer el *Quijote* tenía yo que sentarme encima del libro, a fin de alcanzar los primeros renglones de esa edición tan enorme.

“Eramos una familia muy numerosa —sobre todo a la hora de comer— y mi padre siempre invitaba a algún político, a algún amigo. Al toque de campana me escondía y debajo de la mesa, protegido por unos larguísima, generosísimos manteles blancos. Allí leía yo —entre las piernas y los zapatos de la gente grande— mientras todos se preguntaban ‘¿Dónde estará este condenado muchacho?’ Mi padre era muy estricto, y claro está, me quedaba yo sin comer, pero mi escondite era de lo mejor, y nadie me importunó jamás. ¡Ah, ese Monterrey, y mi casa tan enorme!

—Y ahora ¿qué lee usted, don Alfonso?

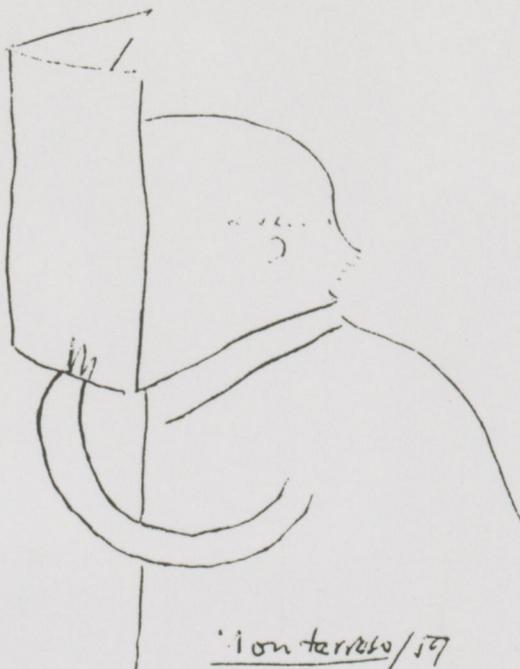
—Ahora ya se echó sobre mí la literatura y no podría hablar de un tipo de lecturas en especial. (Don Alfonso ríe para sí.) La polilla universal de la literatura me comió y me desmenuzó...

—Cuando hicimos cita para hoy, hace dos días, me prometió usted contarme muchas cosas terribles y secretas, ¡cosas que no le ha dicho a nadie!

(Los ojos de don Alfonso brillan de malicia.) Están repitiendo lo que en muchas ocasiones ha dicho su boca:

“En la vida no me he privado de nada.”

(Como la mayor parte de los hombres, don Alfonso parece estar mucho más orgulloso de ciertos episodios íntimos que de su prestigio intelectual... Bueno, al



Augusto Monterroso fecit



Jaime García Terrés fecit



Rubén Bonifaz Nuño fecit (apud Delacroix)

menos por el momento, es lo que se diría. Y en Cuernavaca, se recuerda que don Alfonso se la pasaba en otros tiempos conversando con Sarita Montiel... y ella, feliz de la vida).

—Entre los libros que pienso escribir está todavía alguno que otro libro de psicología amorosa (algo de eso hay ya en mis cuentos), con análisis muy sinceros. (Don Alfonso hace tronar su lengua contra su paladar, y vuelve a comentar en voz baja): “Sí, hijita, en la vida no me he privado de nada...”

—¡Ay!

—Tampoco podré evitar escribir algún libro policíaco, género que siempre me ha gustado como problema de geometría y de lógica.

—Dígame, don Alfonso, ¿y aquella *Cartilla moral* que hizo en 1944? No la conocía yo, pero ahora que acabo de leerla, me gustó mucho.

—Por fin han decidido usarla. La van a publicar y a repartir entre todos los indígenas. Esto me causa un gran placer, porque para gente como ellos la hice. Gente sencilla, virgen todavía de cultura. La redacté con un gran cariño, y pienso que alcanzará su destino.

—En ese libro tan complicado que usted escribió (don Alfonso ríe de buena gana), *El deslinde*, que tanto cita José Luis Martínez, dice usted una frase muy bonita: “La vida de la literatura se reduce a un diálogo: el creador propone y el público responde...”

—Pienso siempre en los más vastos públicos, salvo, naturalmente, cuando los asuntos son muy limitados o de carácter técnico... Por ejemplo, mi *Cartilla moral*, de la que hablábamos, está destinada a los públicos menos restringidos.

(La vida de don Alfonso está en sus archiveros. No hay una carta que no esté registrada, una persona que le haya interesado que no tenga su ficha correspondiente; sabe de los libros importantes que se han publicado en todo el mundo; cuántas revistas se han editado en los últimos diez años.)

Le pregunto por algún escritor, uno de sus muchos amigos, y él se pone de pie: “¡Espérame un momento, voy a informarte con toda exactitud, chiquitita!” Explora en varios de sus numerosos cajoncitos y saca dos o tres tarjetas: “Mira, aquí está la última carta que me envió. Me dice que está compilando una Antología de la Literatura Catalana, y que proyecta un viaje a la isla de Guam, isla que pertenece a los Estados Unidos, en Oceanía.”

(A tal punto impresionan los sistemas archivológicos de don Alfonso, que su fiel criada, según averiguó un día Manuelita, guardaba en su cuarto, uno de esos cajones de jabón, y lo tenía lleno de papeles. En la parte de afuera del cajón había escrito un letrero: “Papeles rotos del escritor Alfonso Reyes”. Resulta que, al hacer la limpieza, junto al escritorio, la criada recogía con devoción las cuartillas desechadas que encontraba en el cesto, y ella las desarrugaba con todo cuidado y después las ordenaba.)

* * *

—Me sucede con frecuencia que al escribir se me aparecen las caras de ciertos amigos, como si quisiera yo, evocándolos, tener una piedra de toque. Los amigos han ido desapareciendo uno tras otro, al paso de los años; y claro, recuer-

do las caras de los que se fueron... ¿No te aburres, hija?

—¡No! (Es un grito que sale del alma.)

Don Alfonso, entre risas: ¡Qué linda niña! Voy a leerte un pequeño texto que se refiere a los rostros aleccionadores que se me aparecen cuando escribo. Está en el Segundo Ciento de mis *Bur-las veras*.

LOS ROSTROS ALECCIONADORES

Las conferencias del Port-Royal nacían al fuego de los ojos del público, dice más o menos Sainte-Beuve. Así veo yo, a veces, cuando escribo, la imagen de mis amigos, vivos o muertos. Y, al modo como Marco Aurelio empieza el libro de sus pensamientos, reconociendo lo que debe a éste y al otro en el orden de la virtud, yo puedo decir lo que debo a esas etéreas imágenes, aunque no siempre acierte a aprovechar sus consejos.

Cuando temo haberme documentado imperfectamente y con demasiada ligereza, se me aparece, como un reproche, la cara de don Ramón Menéndez Pidal, mi inolvidable maestro. Cuando no logro expresarme con diafanidad y precisión, creo ver el rostro de Pedro Henríquez Ureña, que me reconviene. Cuando me pongo algo pedante, se me aparece, como en protesta, ese gran maestro de la sencillez que fue Enrique Díez-Canedo. Cuando desco más sensibilidad y gracia ¿a quién invocar sino a Azorín? Cuando me pongo algo "cursi" aparece Jorge Luis Borges y me lo reprocha en silencio. ¡Cuánto les debo a todos!

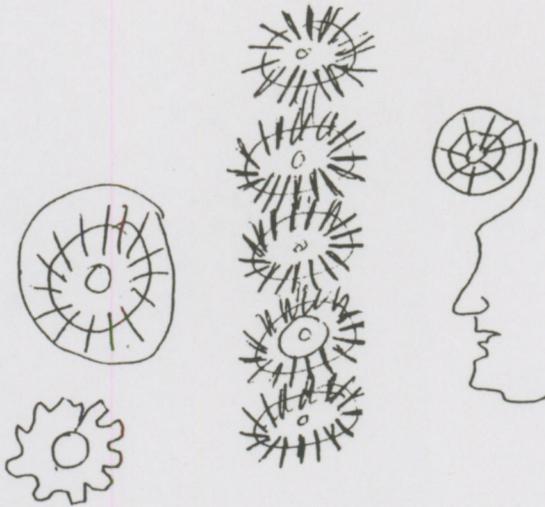
Y lo más singular del caso: hace poco he averiguado que, a su vez, dos escritores sudamericanos leen en voz alta las frases o trozos que les parecen mal contruidos, imitando mi voz y el ritmo de mi lectura, como quien se somete a prueba. De modo que habemos varios que nos ayudamos desde lejos. Con razón, a pesar de todo, los siento tan cerca de mí que, en ocasiones, me entra la tentación de hablarles."

—Don Alfonso ¿cuál es su libro contenido?

(Extiende los brazos como invocando el cielo). ¡No podría elegir! ¡Son tantos y tan variados! Lo que sucede, en



Elena Poniatowska fecit



Josefina Vicens. "frases o trozos"

realidad, es que mis preferencias mudan con el momento. Por otra parte, siento inclinación hacia aquellos que, según he advertido, tienen mejor acogida en el público. La *Visión de Anáhuac*, la *Ifigenia cruel*, *El deslinde*...

—Prosa poética, drama poético, y pensamiento sobre la poesía...

(Federico de Onís en una ocasión reveló que toda la obra Alfonsina es en realidad una obra poética. Don Alfonso agrega):



F.G.R.

Francisco Giner de los Ríos. "recuerdo las caras de los que se fueron"

—Como decía mi maestro Goethe, toda poesía es poesía de circunstancias.

—¿Cuál cree usted que sea el mayor servicio que un escritor pueda hacer a México en la actualidad?

—Que sea nacional (sin sistema nacionalista). Aconsejaría yo una completa sinceridad, y el trabajar muy en serio lo que tenga entre manos, conservando siempre una norma de gran interés por todo lo que sucede en su país.

(Ya lo ha dicho Alfonso Reyes, y se ha vuelto una frase tan repetida como aquella de *Viajero*, *has llegado a la región más transparente del aire*: "Para ser provechosamente nacional, hay que ser generosamente universal.")

—¿Cree usted que la literatura mexicana durante los últimos años ha ido para abajo, o para arriba?

—Algo ha ido para arriba y algo para abajo; por lo general, sin embargo, la literatura mantiene un nivel muy digno. De 1939 para acá, ha habido un desarrollo como nunca, de la filosofía, la historia, el teatro y la novelística...

—Eso es, hableme de las novelas...

—Acontece a menudo —en nuestros días— que un escritor confunda la buena intención con la realización artística. Y no me refiero al lenguaje popular, o a la descripción de los barrios bajos de México —¡por suerte yo no soy purista!—; pero no creo que el tener buena intención lo dispense de escribir bien.

—Y ¿cuáles juzga usted que sean los principales obstáculos que encuentra en México un escritor?

—¡México es como cualquier otro país del mundo! Nosotros tenemos la tendencia a creer que lo que pasa aquí sólo pasa aquí. Lo que importa son las calidades. (Don Alfonso se acalora.) Los escritores de México se enfrentan a los mismos obstáculos que los de otros países. ¡Lo más importante para un escritor es la lucha consigo mismo! Yo tuve, hace muchísimos años, una época de gran pedantería literaria. Es el "sarampión" por el que pasan casi todos los jóvenes escritores que creen que el mundo les pertenece y que lo van a reformar. *Ahora, ya no me siento un intelectual, sino un hombre...*

(Pienso para mis adentros, que el hecho de leer los libros que le traen tantos escritores desconocidos, tantos manuscritos, y las palabras alentadoras o los consejos que brinda a cada uno; las largas conversiones a la manera del Rilke de las *Cartas a un joven poeta*, el tiempo que don Alfonso dedica incansablemente a los demás, han contribuido a hacer de él, un hombre "humano").

—¿Y lee usted todos los libros que le traen? — Una persona que para mí trae un libro, es una amiga.

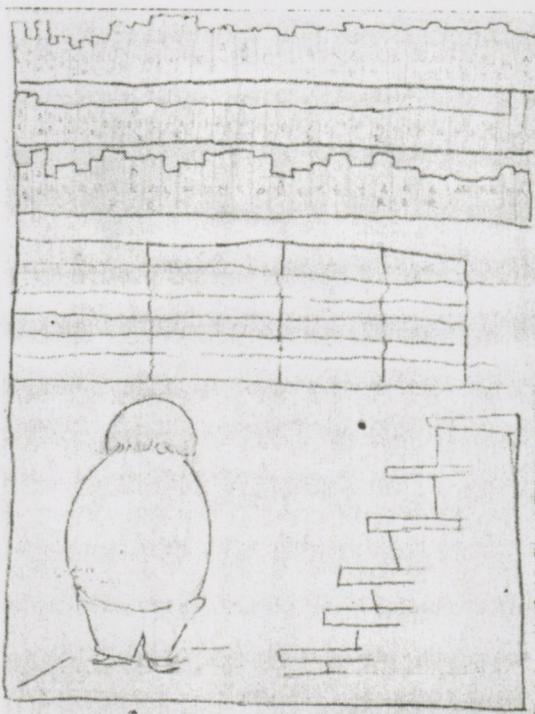
—Pero ¿ha leído los cuarenta mil volúmenes de su biblioteca?

—Leo mucho. No leo de tres en tres renglones, ni tengo una doble vista como decían de Menéndez Pelayo; no me jacto de esto, pero leo con facilidad...

—¿Y todo le interesa?

—Todo, hijita. Me puedo estar horas enteras hablando de Ciencias Exactas con mi primo Manuel Sandoval Vallarta. Claro, tan sólo comprendo una pequeña parte de lo que él me dice, pero mi interés es tan grande, que esa pequeña parte me resulta utilísima...

(Desde hace algunos años, el cuidado de su salud lo obliga a permanecer lar-



Manuela
Henrique González Casanova

gas tempo allí en u amistosa

Lo indio

personas

sus, para

na, don

un taller

tan llenos

que llevar

presentar

construcción

nes de mu

esa sabidur

Alfonso R

comerciant

tengo que

ría, porqu

tiendo!" C

en casos a

han sido m

mueren de

regalías les

con chile

que inclusi

donde vivir

modidades.

sea millon

cuentos de

vaca...! B

posibles! Y

de "sport"

saco de tw

propósito

"Un día m

deportivo

—¿Y uste

guntó un r

—Soy lit

darle much

—¡Ah! —

debe de se

bajo.

—Según

rias ocasion

del pasado

aclararme l

esta lejanía

en nuestros
nda la bue-
ón artística.
e popular, o
ios bajos de
o soy puris-
tener buena
scribir bien.
que sean los
ncuentra en

ier otro país
mos la ten-
e pasa aquí
orta son las
se acalora.)
se enfrentan
los de otros
para un es-
ismo! Yo tu-
na época de
s el "saram-
si todos los
que el mun-
van a refor-
nto un inte-

tros, que el
que le traen
idos, tantos
alentadoras
a cada uno;
manera del
joven poeta,
o dedica in-
han contri-
hombre 'hu-

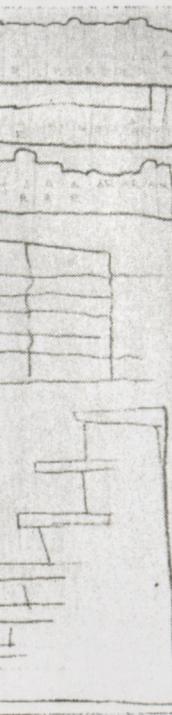
libros que le
para mí trac

anta mil volú-

tres en tres
doble vista
z Pelayo; no
o con facili-

o estar horas
ncias Exactas
doval Vallar-
endo una pe-
me dice, pero
ue esa peque-
ima...

os, el cuidado
rmanecer lar-



gas temporadas en Cuernavaca. Vive allí en un hotel, donde se le trata amistosamente.

Lo indicado sería que, así como otras personas cuentan con un retiro para sus, para ellas, aburridos fines de semana, don Alfonso pudiera disponer de un taller para sus nada aburridos días, tan llenos de trabajo. Eso sí, tendría que llevarse sus cuarenta mil volúmenes; y ni modo que los fueran cargando él y Manuelita, como esos inditos que uno ve pasar por la carretera cargando pesadísimas ollas de aguamiel. Esto representa mucho dinero, un terreno, una construcción, alrededor de veinte camiones de mudanza que transporten toda esa sabiduría encuadrada, etc. Y don Alfonso Reyes nunca ha sido un buen comerciante. El mismo lo acepta: "¡Yo tengo que jugar todos los días a la lotería, porque es el único negocio que entiendo!" Ciertamente, las letras, salvo en casos aislados y sospechosos, nunca han sido negocio. Hay escritores que se mueren de hambre; otros a quienes sus regalías les alcanzan para una tortillita con chile de vez en cuando; otros más que inclusive llegan a tener un rincón donde vivir, comida diaria y algunas comodidades. ¡Pero que un buen escritor sea millonario, eso sólo sucede en los cuentos de hadas! ¡La casa en Cuernavaca...! Bueno, ¡todos los milagros son posibles! Y no en vano se viste tanto de "sport" don Alfonso, siempre con su saco de tweed y su camisa a cuadros. A propósito de ello, cuenta don Alfonso: "Un día me compré un traje de estilo deportivo para salir al campo:

—¿Y usted, qué es, señor? — me preguntó un ranchero.

—Soy literato— dije, procurando no darle mucha importancia al término.

—¡Ah! —se me contestó—. Ese traje debe de ser muy práctico para su trabajo.

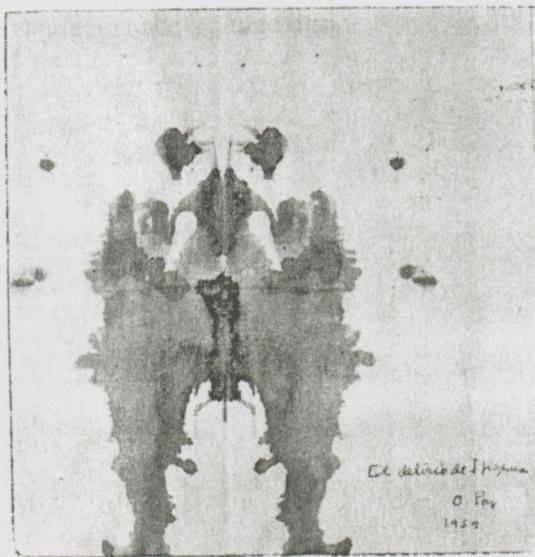
* * *

—Según creo, usted ha dicho, en varias ocasiones, 'que se siente más cerca del pasado que del presente. ¿Podría aclararme la razón, si hay alguna, de esta lejanía del presente?



Max Aub fecit

—¡No hay tal! ¡Es una posible confusión! ¡Esto no lo acepto de modo alguno! Yo estudio el pasado para hacerlo presente. El que un egiptólogo, por ejemplo, escriba cada cinco años, un libro sobre el antiguo Egipto, no significa que se sienta primo hermano de los faraones. El que se ocupe de esos seres remotos, obedece a un propósito de actualizar aquella época en todo lo que tiene de actualizable, y de volverla a interpretar de otro modo. Esto sucede, sólo que en mucho mayor grado, con Grecia. Vivimos aún, a querer o no, de la herencia que nos legaron los griegos clásicos. (La voz de don Alfonso se llena de súbito entusiasmo: "¡Con el pasa-



Octavio Paz fecit (apud Rorscharch)

do no me enoja y con el presente sí; pero lo que más me interesa es el porvenir!")

En la primera página de su *Reloj de sol* dice: "Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro moli-



Jaime García Ferrés. "me quedé con un teatrillo de títeres"

no." También escribió: "Hay que interesarse por las anécdotas... suelen ser como la flor en la planta, la combinación cálida, armoniosa, que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital." Don Alfonso hace honor a estos epígrafes: le encanta relatar sucedidos y memorias.

—La homonimia me ha jugado algunas bromas pesadas. Una vez se me confundió con don Alfonso XII. Ello aconteció por 1920, con motivo de un telegrama que envié de Burdeos a Lyon, a cuyo jefe de estación pedía yo que me reservara un lugar en el coche-cama del tren para Milán. El jefe de estación, que acaso medio entendía el español ("el conocimiento a medias es peligroso"), creyó leer "Alfonso Rey", donde decía "Alfonso Reyes". Cuando llegué a Lyon de madrugada, me encontré formados en fila a los empleados de la estación, y vi con sorpresa que se me había reservado una especie de Tren Olivo para mí solo.

(Don Alfonso ríe). "¡Alguien gritó: '¡Qué va a ser el rey, hombre! ¡Es un muchacho cualquiera!' "

—Siga, siga.

—Un par de años más tarde, siendo yo Encargado de Negocios de México en España, recibí, abierta por la Real Srecretaría y acompañada de atentas disculpas, una carta que me dirigía desde Florencia el viejo poeta italiano Guido Mazzoni, quien, siguiendo la costumbre de su país, me daba en el sobre el tratamiento de "Egregio Signore". Era entonces secretario de Su Majestad el señor don Emilio María de Torres y le contesté al instante que podía manifestar de mi parte a su Augusto Sobrano, que estaba disculpado, y que sólo le rogaba yo, por si la equivocación se repetía y la letra no era masculina, que me guardara el secreto, ofreciéndole por mi parte hacer lo mismo con las cartas para el monarca que extraviaran rumbo y vinieran a dar a mis manos.

(Don Alfonso pone una cara alegre). "¡El rey se ahogaba de risa cada vez que me veía!"

—¿Otra anécdota diplomática?

—Algunos años más tarde, encontrándome ya al frente de nuestra Legación en Francia, harto de que Henri de Monthierlant, el conocido escritor, se jactara de haber toreado becerros en su juventud por las poblaciones septentrionales de España, le mandé un programa de toros en que aparecía el rejoneador Alfonso Reyes, usurpando yo para mí la gloria del valiente caballero en plaza. Por aquellos días, en efecto, el rejoneador Reyes acertó a presentarse en las arenas de París. Y por cierto que una conocida artista francesa me mandó una expresiva carta, cuyas consecuencias de conoce la historia, a la Legación de México (144 Boulevard Haussman) felicitando a "Monsieur le Ministre et l'Éréditor".

(Al decir: "¡Monsieur le Ministre Toréador!" don Alfonso levanta uno de sus brazos, y me imagino su mano alzándose en el aire, con "orejas y rabo".

—En otra ocasión, un agente de publicidad, que tenía una importante oficina en Madrid y llevaba mi mis-

nombre —lo que también era causa de confusiones constantes, que ambos sufríamos con paciencia— me convidó campechanamente a que nos viéramos las caras. El estaba acompañado de su hijo Alfonso, y yo del mío, que padece la misma enfermedad onomástica. Pero era de noche, se produjo en el barrio un corto circuito, se apagaron las luces, y los cuatro Alfonsos nos saludamos en la oscuridad, y nos separamos sin llegar a vernos las caras, respetando los misteriosos designios de la Providencia.

—Don Alfonso, como esta entrevista se publicará en homenaje a sus setenta años de vida, convendría hacerle, por lo menos, una pregunta cuya respuesta constituyera una especie de mensaje. ¿Quisiera usted enunciar, por ejemplo, algunos principios que deben, a su juicio, gobernar la acción de los escritores mexicanos?

—Los mismos principios que se aplican a los mexicanos en general. Es cosa muy sencilla de decirse y muy difícil de realizarse. Todo se reduce a que los mexicanos, en todos los órdenes de nuestras actividades, hagamos las cosas bien,



Henrique González Casanova fecit

o siquiera lo mejor que podamos, tanto ética como estética y técnicamente. México valdrá lo que valga la conducta de los mexicanos. México no es un ente abstracto, sino un "hacer" y un "hacerse". Parece mentira que, cuando ya todos creen entender algo del llamado "existencialismo", todavía haya cándoros que se figuren que México es una idea desnuda, brotada en la mente de Dios, anterior al "existir" de México, y que luego los mexicanos tenemos que ir satisfaciendo esa idea como quien dibuja los colores de un mapa en contorno. Y todavía parece más increíble que algunos se arroguen las funciones de Dios, y ellos mismos arbitrariamente tracen un plan de nociones absolutas y rigurosas sobre lo que ha de ser México, y luego se entusiasmen o indignen cuando cumplimos o desobedecemos lo que ellos han decretado. México ha sido, es y será el conjunto de lo que hagamos los mexicanos, lo bueno y, por desgracia, también lo malo. Por eso hay que insistir en lo bueno y predicar lo bueno. Además lo que sea bueno y esté bien hecho (para los que prefieren apoyarse en los preceptos divinos) no puede menos de contentar a Dios. ¿Está claro?

C A R A Y C R U Z

(Viene de la p. 2)

—Sí, eso dicen... —Hablaban con un fuerte acento catalán—. En mi pueblo todos los chicos han ido...

—¿Y Ud.?

—También voy —en el retrovisor le vi guiñar un ojo—. He esperado a que mi mujer fuera a la cama...

La barriada dormía silenciosa y torcí por Primo de Rivera hacia el Oñar. Desde el puente, observé que los cafés de la Rambla estaban iluminados. Un camarero iba de un lado a otro con una bandeja y un grupo de gamberros se dirigía hacia la catedral dando gritos.

—Mira... —dije yo.

—Mira...

El Paseo ofrecía un extraordinario espectáculo. Sentadas en las sillas, acodadas en las barras de los bares, tumbadas sobre los bancos y los veladores, había docenas de mujeres silenciosas, que nos contemplaban como a una aparición venida del otro mundo. El campanario de una iglesia daba las dos y muchas se recostaban contra la pared para dormir. Algunas no habían perdido aún la esperanza y nos hacían señales de acercarnos.

—Vente p'aquí, guapo.

—Una cama blandita y no te cobraré ni cinco.

Borés y yo nos abrimos paso hacia las arcadas. Venidos de todos los pueblos de la comarca, los tipos discutían, riendo, con las mujeres y se perdían por las callejuelas laterales, acompañados, a veces, de tres o cuatro. Los hoteles estaban llenos y no había una cama libre. Los afortunados poseedores de una habitación se acostaban, gratis, con las muchachas más caras.

—Llévame contigo, cielo...

—Anda... Ven a dormir un ratito...

A la primera ojeada, descubrimos a Merche. Estaba sentada en un café, fumando, y al vernos, no manifestó ninguna sorpresa.

—*Dominus vobiscum* —se limitó a decir, a guisa de saludo.

—*Ite missa est*.

Con un ademán distraído nos invitó a instalarnos a su lado.

—Perdonarán que el "livinrún" este sucio —se excusó—. Mi doncella está afiliada al sindicato y no trabaja el sábado.

El camarero hizo notar su presencia con un carraspeo. Borés pidió dos ginebras y otro café.

—¿De imaginaria? —preguntó cuando se hubo ido.

—Las clases ociosas solemos dormirnos tarde, repuso Merche.

Su rostro reflejaba una gran fatiga. Como de costumbre no se sabía si hablaba en serio, o bromeaba.

—Hace un par de horas pasamos por el barrio y Ninochka nos contó lo ocurrido.

—Es una iniciativa del Ministerio de Turismo —Merche apuró el café de su taza—. Como éramos incultas nos ha pagado un viaje... Agencia Kuk... Ver mundo...

—¿No has encontrado cama? —pregunté yo.

En lugar de contestarme, se encará con Borés, sonriente.

—¿Y vosotros?... ¿Por qué estáis aquí?... ¿Han echado también a los hijos de buena familia?

—Sólo a los depravados —dijo él.

—Ah... A los depravados, sólo... Temía...

Los ojos se le cerraban de sueño. Borés cambió una mirada conmigo.

—Mi padre tiene un despacho cerca de aquí —explicó— si quieres, podemos dormir los dos juntos.

—Gracias, vida —dijo Merche—. Eres un amor de chico.

En silencio, bebimos las dos ginebras y el café. Una mujer roncaba en la mesa del lado y los gamberros corrían aún, dando gritos.

—¿Y tú?

—Yo beberé otra copa, y me largaré.

—Entonces, telefona a casa... di que me he quedado a dormir en tu estudio.

Cogidos del brazo, los miré alejarse hacia el barrio de la catedral. Luego arreglé la nota del bar y caminé en dirección al río. Las mujeres me volvieron a llamar y bebí otras dos ginebras. Aquella noche absorbía el alcohol como nada. Yo solo, hubiera podido vaciar una barrica.

—Congresos así debería haber tó los años —decía un hombre bajito a mi lado— ¿no le parece, compadre?

Le contesté que tenía toda la razón y, si la memoria no me engaña, creo que bebimos un trago juntos.

No se a que hora subí al coche, ni cómo hice los cien kilómetros que me separaban de Barcelona. Cuando llegué, había amanecido y, por las calles adornadas, circulaban los primeros transeúntes.

Sólo recuerdo que una brigada de obreros barría el suelo, preparando la procesión y que, al mirar el balcón de mi cuarto, descubrí un flamante escudo.

—Debe ser cosa de mamá —expliqué al sereno.

Procurando no hacer ruido, me colé hasta el cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha.

EL PRESIDENTE GRONCHI HABLA DE LOS DEBERES DE LA PRENSA

EN RAZÓN de la muy elevada e innegable importancia de la prensa en la vida de un país, es preciso velar con esmero porque las cualidades profesionales y morales de los periodistas sean controladas con parejo rigor. Nadie gana con la decadencia de aquellas. En efecto, interesa primordialmente a una democracia el poder contar con la prensa, a fin de sensibilizar la opinión pública respecto de los problemas mayores, internos e internacionales.

Se habla hoy mucho sobre la independencia de la prensa. Me parece claro que si la conciencia moral de los periodistas, así como la autodisciplina prescrita por sus órganos profesionales, se afirman más y más, la prensa escapará en la misma medida a la influencia de ciertos intereses particulares. La misión del periodista no será, sino rara vez, reducida a un simple oficio que obligue a quien la ejerza a plegarse a los deseos de aquellos que abren y cierran la bolsa. Una tradición de dignidad moral y profesional no hará sino sostener una actitud de mayor firmeza en los casos en que tales influencias pudieren crear problemas de conciencia individual y de responsabilidad cívica.



S OBRE de l
lenta
ba, encor
Sol, hunc
hasta los
piedras.
las manos
cauce.

De pro
se inclina
algo, una
saben y e
do poco a
piedra. ¡Y
to de ter
prendida
teada que
porta; sab
el río esta

Manuel
se ha just
última ex
García Pe
logrado t
Son poeta
sentido de
ben miran
visto —qu
donos ot
presentida
nostalgia
Zambranc
otro por
ávidos de
das sus fo

El leng
nos; y el
pintura e
tancial; p
quiera y
lo import
tándose—
los lengua
ineficaces
las misma
ferentes,
dos —el c
el de la
que el ro
más que r
amor; pa
color, a l
su origina
metafóric
dadero a
que sólo

El cam
venturoso
contrar la
lores y la
hablar, d
siente. Va
cuadro tra
tura, crea
con acent
nos habla
forman el
camente—
sado en
Pero aún

Y de pr
trucheros

IMAGINVM COLLECTIO A SCRIPTORIBV ALPHONSO REYES SEPTVAGENARIO DICAT.

BREVE HISTORIA
DEL PROGRESO
A los 70 años de A. R.

por
CARLOS
FUENTES



PROEMIO DEL PINTOR

Por Juan SORIANO

PARA LLEGAR a ser es necesario abandonarnos a nuestras manos; por ellas serán trazadas las incontenibles líneas que formarán la presencia mágica, toda silencio, del dibujo, omnipresente ante nuestros ojos.

Con un gis, un lápiz, un pincel, un carbón, un buril, una rama delgada, sobre el pizarrón, el papel, el muro, el cristal, la placa de metal, la piedra, la tierra o las arenas, líneas reptantes, rotas, ondulantes, veloces como peces famélicos, quebradas como barritas de metal, infinitas, formarán el dibujo que manifiesta, expresa y revela ideas, intuiciones que en su trama hace aparentes.

El dibujo es un don que nos es dado y negado. Todos dibujamos. Algunos maniáticos dibujan todo el día, imprecán, blasfeman, se masturban con las imágenes que crean; mezclan iniciales y palabras cubriendo

nadie contempló mueren así asesinadas por sus propios padres!

Los obreros dibujan despreocupados grandes decoraciones sobre los vidrios de los edificios nuevos. Así va

de mano en mano este sagrado de dibujar, este impulso primario mostrarse que la Naturaleza alcanza en el dibujo de todos, niños poetas-niños, adultos e iletrados.



s temporadas en Cuernavaca. Vive í en un hotel, donde se le trata istosamente.

Lo indicado sería que, así como otras rsonas cuentan con un retiro para , para ellas, aburridos fines de sema- don Alfonso pudiera disponer de taller para sus nada aburridos días, llenos de trabajo. Eso sí, tendría e llevarse sus cuarenta mil volúme- ; y ni modo que los fueran cargando y Manuelita, como esos inditos que o ve pasar por la carretera cargando adísimas ollas de aguamiel. Esto re- senta mucho dinero, un terreno, una strucción, alrededor de veinte camio- de mudanza que transporten toda sabiduría encuadrada, etc. Y don onso Reyes nunca ha sido un buen erciante. El mismo lo acepta: "¡Yo go que jugar todos los días a la lote- porque es el único negocio que en- do!" Ciertamente, las letras, salvo casos aislados y sospechosos, nunca sido negocio. Hay escritores que se ren de hambre; otros a quienes sus lías les alcanzan para una tortillita chile de vez en cuando; otros más inclusive llegan a tener un rincón le vivir, comida diaria y algunas co- idades. ¡Pero que un buen escritor millonario, eso sólo sucede en los tos de hadas! ¡La casa en Cuerna- . . .! Bueno, ¡todos los milagros son oles! Y no en vano se viste tanto sport" don Alfonso, siempre con su de tweed y su camisa a cuadros. A ósito de ello, cuenta don Alfonso: día me compré un traje de estilo rtivo para salir al campo:

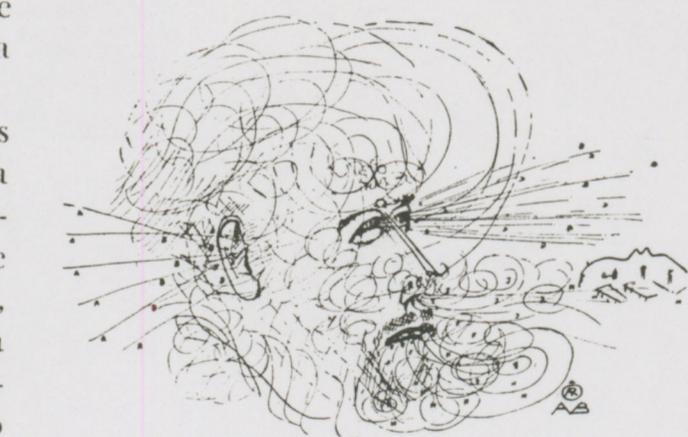
Y usted, qué es, señor? — me pre- ó un ranchero.

oy literato— dije, procurando no mucha importancia al término.

Ah! —se me contestó—. Ese traje de ser muy práctico para su tra-

* * *

egún creo, usted ha dicho, en va- ocaciones, que se siente más cerca pasado que del presente. ¿Podría rme la razón, si hay alguna, de ejanía del presente?



Max Aub fecit

—¡No hay tal! ¡Es una posible con- fusión! ¡Esto no lo acepto de modo al- guno! Yo estudio el pasado para hacer- lo presente. El que un egiptólogo, por ejemplo, escriba cada cinco años, un li- bro sobre el antiguo Egipto, no signifi- ca que se sienta primo hermano de los faraones. El que se ocupe de esos seres remotos, obedece a un propósito de ac- tualizar aquella época en todo lo que tiene de actualizable, y de volverla a interpretar de otro modo. Esto sucede, sólo que en mucho mayor grado, con Grecia. Vivimos aún, a querer o no, de la herencia que nos legaron los griegos clásicos. (La voz de don Alfonso se lle- na de súbito entusiasmo: "¡Con el pasa-



Octavio Paz fecit (apud Rorschach)

do no me enojo y con el presente sí; pero lo que más me interesa es el por- venir!")

En la primera página de su *Reloj de sol* dice: "Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro moli-

no." También escribió: "Hay que inte- resarse por las anécdotas... suelen ser como la flor en la planta, la combina- ción cálida, armoniosa, que puede cor- tarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital." Don Alfon- so hace honor a estos epígrafes: le en- canta relatar sucedidos y memorias.

—La homonimia me ha jugado algu- nas bromas pesadas. Una vez se me con- fundió con don Alfonso XII. Ello acon- teció por 1920, con motivo de un tele- grama que envié de Burdeos a Lyon, a cuyo jefe de estación pedía yo que me reservara un lugar en el coche-cama del tren para Milán. El jefe de estación, que acaso medio entendía el español ("el conocimiento a medias es peligro- so"), creyó leer "Alfonso Rey", donde decía "Alfonso Reyes". Cuando llegué a Lyon de madrugada, me encontré for- mados en fila a los empleados de la estación, y vi con sorpresa que se me había reservado una especie de Tren Olivo para mí solo.

(Don Alfonso ríe). "¡Alguien gritó: ¡Qué va a ser el rey, hombre! ¡Es un muchacho cualquiera!"

—Siga, siga.

—Un par de años más tarde, siendo yo Encargado de Negocios de México en España, recibí, abierta por la Real Srecretaría, y acompañada de atentas disculpas, una carta que me dirigía des- de Florencia el viejo poeta italiano Gui- do Mazzoni, quien, siguiendo la cos- tumbre de su país, me daba en el sobre el tratamiento de "Egregio Signore". Era entonces secretario de Su Majestad el señor don Emilio María de Torres, y le contesté al instante que podía ma- nifestar de mi parte a su Augusto Sobe- rano, que estaba disculpado, y que sólo le rogaba yo, por si la equivocación se repetía y la letra no era masculina, que me guardara el secreto, ofreciéndole por mi parte hacer lo mismo con las cartas para el monarca que extraviaran rumbo y vinieran a dar a mis manos.

(Don Alfonso pone una cara alegre.) "¡El rey se ahogaba de risa cada vez que me veía!"

—¿Otra anécdota diplomática?

—Algunos años más tarde, encontrán- dome ya al frente de nuestra Legación en Francia, harto de que Henri de Mon- therlant, el conocido escritor, se jactara de haber toreado becerros en su juven- tud por las poblaciones septentrionales de España, le mandé un programa de toros en que aparecía el rejoneador Al- fonso Reyes, usurpando yo para mí la gloria del valiente caballero en plaza. Por aquellos días, en efecto, el rejonea- dor Reyes acertó a presentarse en las arenas de París. Y por cierto que una conocida artista francesa me mandó una

